

bres.—XLVII. Influencia de la literatura inglesa de aquel tiempo.—XLVIII. Estado de la ciencia en Inglaterra.—XLIX. Estado de las bellas artes.—L. Estado de las clases populares.—LI. Jornal de los trabajadores agrícolas.—LII. Jornal de los trabajadores fabriles.—LIII. Trabajo de los niños en las fábricas.—LIV. Número de los pobres.—LV. Ventajas que han reportado las clases populares de los beneficios de la civilización.—LVI. Ilusión que conduce á exagerar la felicidad de las generaciones precedentes.

I.

GRANDES CAMBIOS OCURRIDOS EN INGLATERRA DESDE 1685.

Me propongo describir en este capítulo el estado de Inglaterra cuando pasó la corona de las sienes de Carlos II á las de su hermano. Y aunque esta descripción, por estar formada con materiales muy escasos y esparcidos en diversos archivos, bibliotecas y colecciones, habrá de ser naturalmente incompleta, servirá para corregir algunos conceptos equivocados que, de prevalecer, harían difícilísima ú oscura y poco útil la inteligencia de las páginas siguientes.

Porque si hemos de hacer con provecho el estudio de la historia de los tiempos pasados deberemos estar prevenidos siempre contra las ilusiones que producen generalmente los nombres tan conocidos de ciertas familias, lugares y cargos públicos, y tener en memoria en toda ocasión que la Inglaterra cuya historia leemos era muy diversa de esta en la cual vivimos; que así como en las ciencias experimentales hay tendencias á la perfección, así en los seres humanos hay el deseo de progresar, y que éstos dos principios han sido eficaces muchas veces, aun contrariados de grandes calamidades públicas y de malas institucio-

nes, al rápido desarrollo de la civilización. Tanto es así, que nunca podrán grandes, graves y continuadas calamidades públicas y malos gobiernos inveterados hacer más en daño de un pueblo, que harán para su bien y prosperidad el progreso constante de las ciencias físicas y los esfuerzos no interrumpidos de cada hombre al fin de mejorar su condición; que no pocas veces se ha visto ser las prodigalidades, los impuestos onerosos, las restricciones comerciales absurdas, los tribunales corrompidos, las guerras desastrosas, las persecuciones, las revueltas, los incendios y las catástrofes, menos eficaces á destruir la riqueza de los pueblos que á crearla el esfuerzo privado de los ciudadanos. En lo que á Inglaterra respecta, fácil es demostrar que la riqueza nacional se ha desarrollado sin cesar en el trascurso de seis siglos por lo menos; que bajo los Tudórs fué más grande que bajo los Plantagenets, y más grande bajo los Estuardos que bajo los Tudórs; que á pesar de las batallas, de los asedios y de las confiscaciones, fué más grande cuando se verificó la Restauración que cuando se reunió el Parlamento Largo; y que á pesar de la mala administración, de las disipaciones de la Corte, de la bancarrota pública, de dos guerras costosas y desgraciadas, de la peste y del incendio de Londres, se halló más grande el día que pasó Carlos II de esta vida, que no el día de su advenimiento. Y este progreso, después de haber continuado desarrollándose de una manera gradual por espacio de algunos siglos, llegó á ser, al mediar el XVIII, rápido por extremo, prosiguiendo en el XIX con irresistible impetuosidad. Y como, debido en parte á la posición geográfica de Inglaterra, y en parte también á la condición moral de sus pobladores, se hallaron éstos exentos y libres, durante algunas generaciones, de los males y daños que fueron

II.

POBLACIÓN DE INGLATERRA EN 1685.

Uno de los primeros objetos que se propone quien desea formarse idea exacta del estado de una sociedad en una época determinada, es sin duda el averiguar la cifra de las personas que la componían. Desgraciadamente no es posible precisar con perfecta exactitud la cifra de la población de Inglaterra en 1685; porque ninguna de las grandes naciones había entonces adoptado el sistema de los censos periódicos, y cada cual podía conjeturar á su antojo; y como, por regla general, estas conjeturas no se apoyaban en el examen de los hechos, y se hacían bajo la influencia de preocupaciones mezquinas y de pasiones irritantes, eran las más de las veces ridículamente absurdas. Tanto fué así, que personas muy discretas, y cuya residencia estaba en la capital, sostenían á la sazón que Londres contaba millones de almas; que no pocos vecinos de la metrópoli habían asegurado de una manera confidencial que durante los treinta y cinco años transcurridos entre el advenimiento de Carlos I y la Restauración el número de sus habitantes aumentó en dos millones (1), y que aun en la época del estrago que causaron la peste y el famoso incendio era

(1) *Observations on the Bills of Mortality*, by captain John Graunt (sir William Petty) chap. XI.

costumbre decir que contenía millón y medio; (1) exageraciones que dieron lugar á que disgustados otros con ellas incurrieran en el defecto contrario, como Isaac Vossio, hombre de talento y ciencia reconocidos, el cual sostenía resueltamente que no había en Inglaterra, Escocia é Irlanda reunidas más de dos millones de habitantes (2).

Sin embargo, no carecemos de medios para rectificar los errores en que incurrieran ciertos hombres por exceso de vanidad nacional, ó por inclinación á la paradoja, pues existen tres cómputos que merecen á nuestro parecer tenerse muy en cuenta, por ser de todo en todo independientes entre sí, por apoyarse los tres en principios diversos, y diferir poco en cuanto á los resultados.

Hízose uno de estos tres cálculos en 1696 por Gregorio King, heraldo de Lancastre, estadista político de gran penetración y recto juicio, á quien sirvió de base para sus cómputos el número de casas que constaba en los registros de los cobradores que percibieron en 1690, por última vez, el impuesto de fogaje; llegando por ende al resultado de que la población de Inglaterra se elevaba próximamente á cinco millones y medio de almas (3).

(1) «She doth comprehend
Full fifteen hundred thousand which do spend
Their days within»

(«Comprende un millón y quinientos mil habitantes, que pasan sus días en ella.») *Great Britain's Beauty*, 1671.

(2) Isaac Vossius. *De Magnitudine urbium Sinarum*, 1635. Vossio, según dice Saint Evremont, hablaba más de este asunto y más frecuentemente de lo que convenia en los círculos de la buena sociedad, que tampoco se curaban mucho de oírlo.

(3) *King's Natural and Political Observations*, 1696.—Este precioso tratado, que debe leerse en el texto primitivo de su autor y no en el texto mutilado por Davenant, se halla en algunas ediciones del *Chalmers's Estimate*.

Y como casi al mismo tiempo deseara el Rey Guillermo III conocer la fuerza comparativa de las sectas en que se hallaba dividida la sociedad inglesa, se formó una comisión encargada de reunir y ordenar los datos que le remitieran de todas las diócesis del reino. El resultado de sus trabajos fué un cómputo según el cual el número de súbditos ingleses debía ser próximamente de cinco millones doscientos mil (1).

Finalmente, en nuestros días Mr. Finlaison, renombrado archivero, sometió los antiguos registros parroquiales á todas las pruebas que los progresos modernos de la ciencia estadística le permitían emplear, y sus investigaciones lo persuadieron de que á fines del siglo XVII la población de Inglaterra era un poco menor de cinco millones doscientas mil almas (2).

Y como de estos tres cómputos, hechos por diferentes personas que se valieron para ellos de materiales diferentes, el más elevado, que es el de King, no excede una dozava parte del de Finlaison, que es el más bajo, puédese afirmar con plena confianza que en la época del reinado de Jacobo II contenía la Inglaterra una masa de población de cinco millones quinientas mil almas; y adoptando la hipótesis más elevada, resultaría que tuvo menos de la tercera parte de su población presente, y un número de habitantes apenas triple al que hoy contiene su gigantesca metrópoli.

(1) *Darlymple's Appendix to part II, book I.* El método de calcular el censo de población por medio de las sectas religiosas estuvo de moda durante mucho tiempo. Gulliver dice del Rey de Brobdignag: «Se rió mucho de mi extravagante aritmética, como él decía, porque calculaba el censo de población de nuestra tierra por el número de individuos que sumaban nuestras sectas religiosas y políticas.»

(2) *Preface to the Population Returns of 1821.*

III.

EL AUMENTO DE POBLACIÓN ES MAYOR EN EL NORTE QUE EN EL SUR

Grande ha sido el aumento de población en todo el reino desde aquella época; pero generalmente mucho mayor en los condados del Norte que no en los del Sur. Mucha parte del territorio que se extiende al otro lado del Trent permaneció, á decir verdad, hasta principios del siglo XVIII, en estado de barbarie, debido esto á causas físicas y morales que contribuyeron de consuno á impedir que se difundiera en ella la civilización; como que á los rigores del clima y al trabajo inteligente y asiduo que reclamaba la naturaleza del suelo para producir, se unía la circunstancia de no ser en modo alguno posible habilidad ni constancia en un país que, cuando no era teatro de guerras frecuentes y gozaba de paz nominal, se veía sin cesar asolado por numerosas partidas de bandoleros escoceses; lo cual dió por resultado que antes de la unión de las dos coronas británicas, y mucho después, hubiera tanta diferencia entre el Middlesex y el Northumberland, como hay en nuestros días entre el Massachusetts y los establecimientos de los aventureros que, al Oeste del Mississipi, administran su brutal justicia con hacha y puñal. Tanto era así, que bajo el reinado de Carlos II aun se advertían las huellas que dejaron siglos de matanza y saqueo á muchas millas al Norte del Troced, en el aspecto general del país y en las costumbres anárquicas del pueblo; y como aun

existiese una clase numerosísima de bandidos cuya única profesión consistía en saquear las casas y robar rebaños enteros de ganado, se creyó necesario, á seguida de la Restauración, dictar leyes muy severas para ocurrir al remedio de tales crímenes, autorizándose al propio tiempo á los magistrados del Northumberland y del Cumberland para levantar compañías de hombres armados que amparasen el orden y la propiedad, proveyéndose á los gastos que ocasionaran por medio de impuestos locales (1), y obligándose á las parroquias á mantener traillas de sabuesos con destino á la caza de malhechores; circunstancia esta última que recordaban muchos ancianos al mediar el siglo XVIII, así como el servicio tan frecuente que hacían estos terribles auxiliares de la justicia (2). Con todo y así, no era posible á veces descubrir las guaridas de los bandoleros en las montañas y los pantanos, por no estar á la sazón bien conocida la topografía de la comarca, ni aun muchos años después; como que hallándose Jorge III en el trono, la senda que conducía por las montañas de Borrowdale á Ravenglas era un secreto cuidadosamente guardado por los moradores del valle, algunos de los cuales acaso en su juventud, guiándose por ella, lograron escapar de las persecuciones de la justicia (3). Y tan temibles se habían hecho estos bandoleros, que las quintas y granjas de los labradores acaudalados estaban fortificadas como castillos: por las noches acercaban el ganado á las viviendas designadas con el nombre de *Peels*, para ponerlo bajo el amparo de sus baluar-

(1) *Statutes* 14, Car. II, c. 22; 18 y 19 Car. II, c. 3; 29 y 30, Car. II, c. 2.

(2) Nicholson y Bourne: *Discourse on the Ancien State of the Ford-r*, 1771.

(3) *Gray's Journal of a Tour in the Lakes*, Oct. 3, 1769.

tes, los pastores, mozos y gañanes dormían vestidos junto á las armas, y siempre había preparados grandes calderos de agua hirviendo y montones de piedras para defenderse. Ningún viajero se ponía en camino sin hacer antes testamento; los jueces que recorrían la comarca, llevando en pos de sí la curia para improvisar tribunales allí donde la justicia los había menester, iban á caballo de Newcastle á Carlisle, seguidos de numeroso acompañamiento de servidores y alguaciles, armados todos y escoltados de tropa, siendo necesario que llevasen consigo las provisiones, pues el país se hallaba desierto y carecía por completo de recursos; y aun recuerdan los moradores de aquella parte dónde hacían alto las caravanas para comer á la sombra de formidable y secular encina. Y el rigor con que castigaban á los salteadores chocaba por lo extraordinario á los habitantes de distritos más tranquilos; como que los Juzgados, movidos del odio y del temor, parecían preocuparse y atender no más que al exterminio de cuanto criminal habían á los manos, pues con rapidez comparable á la de los consejos de guerra cuando juzgan á insurrectos, enviaban al patíbulo por docenas á los ladrones (1). Bien es cierto que sólo por tal modo consiguieron acaso los magistrados infundir algún saludable temor entre aquellos criminales cuya barbarie y crueldad debió de ser mucha, cuando en nuestros días se ha dicho por ancianos, recordando episodios de su juventud, que los cazadores que á la sazón se aventuraban en seguimiento de reses hasta las fuentes de la Tyne, hallaban poblados los matorrales vecinos del castillo de Keeldar de una raza de hombres

(1) North's: *Life of Guildford*.—Hutchison's: *History of Cumberland, parish of Brampton*.

casi tan salvajes como los indios de California, y oían con sorpresa bárbaras canchurías á mujeres medio desnudas, mientras que los mozos bailaban danzas de guerra, blandiendo puñales (1).

Sólo de una manera lenta, y en fuerza de luchar con grandes dificultades, logró establecerse la paz en la frontera, llegando entonces en pos de ella la industria y todas las artes de la vida; como que al propio tiempo se descubrió que la región situada al Norte del Trent atesoraba en sus minas de carbón una fuente de riquezas más preciosa que las minas de oro del Perú. Dieronse cuenta con esto de que allí mismo, en la vecindad de las minas, podrían establecerse ventajosamente manufacturas de todas clases, y á seguida comenzó una corriente de emigración hacia el Norte, que dió por resultado, como lo demostró el censo de 1841, hallarse aglomeradas en la antigua provincia arzobispal de York las dos séptimas partes de la población de Inglaterra, cuando en tiempo de Carlos I y de Crómwell se creía generalmente que no pasaba de la séptima (2), llegando en el Lancashire á ser nueve veces más considerable, mientras que apenas alcanzó al duplo en los condados de Suffolk, de Norfolk y de Northampton (3).

(1) Vease el diario de sir Walter Scott, octubre 7 de 1827, en su Vida por Mr. Lockhart.

(2) Dalrymple, *Apéndice á la parte Segunda*, lib. I. Los asentamientos del impuesto de fogaje conducen á la misma conclusión. Los fuegos de la provincia de York no llegaban á la sexta parte de los de toda Inglaterra.

(3) No pretendo naturalmente, al decir esto, ser exacto en absoluto; pero creo que quien se tome la pena de comparar los últimos datos del impuesto de fogaje, bajo el reinado de Guillermo III, con el censo de 1841, diferirá muy poco de mi conclusión.

IV.

RENTAS PÚBLICAS EN 1685.

Tuédese tratar de los impuestos con más certidumbre y exactitud que de la población, y decir, por tanto, que las rentas públicas de Inglaterra eran cortas á la muerte de Carlos II, comparadas con los recursos que ya tenía entonces ó con los tributos que pagaban los Estados vecinos, y que, aun cuando fueron creciendo constantemente desde la Restauración, apenas llegaban á las tres cuartas partes de los ingresos de las Provincias Unidas y á la quinta de los de Francia.

El capítulo más importante de los ingresos era el de las contribuciones indirectas, que produjeron el último año del reinado de Carlos 585.000 libras netas. La renta líquida de aduanas llegó el mismo año á 530.000 libras. Pero si el peso de estos impuestos no parecía gravoso á la nación, antojábasele onerosísimo el de fogaje, con ser menos importante; que si el descontento que causan las contribuciones directas no se halla casi nunca en relación con las cantidades que producen al Tesoro, de todas ellas era la del fogaje la más odiosa, en razón á que no podía percibirse sino por medio de visitas domiciliarias, y á que siempre ha sido el pueblo inglés tan resueltamente opuesto á tales investigaciones, que no es fácil comprenderlo á quien haya nacido y vivido en otros pueblos. Y como, además de esto, acontecía que los pobres, aun siendo propietarios de alguna finca urbana, solían verse con harta frecuencia en la imposibilidad

de satisfacer el impuesto el día que se les reclamaba, y que, cuando llegaba el caso, les embargaban sin piedad los muebles y se los vendían, por estar arrendado el tributo y ser de todos los acreedores el arrendatario de contribuciones el que goza más fama de mezquino y rapaz, aumentábase la odiosidad al tributo con el odio que infundían sus arrendatarios, debido á la manera insolente y dura con que desempeñaban sus harto impopulares deberes. Decíase con este motivo que cuando se presentaba un cobrador del impuesto á la puerta del pobre, lloraban de miedo los niños, y las mujeres ocultaban aquellas prendas y objetos que valían más; como que, á veces, llegaron los del fogaje á embargar y vender la cama del moroso. El producto neto de tantas vejaciones no excedía de 200.000 libras anuales (1).

(1) En la *Biblioteca* de Pepys hay algunas baladas de esta época, relativas al impuesto del fogaje. Transcribo dos como muestra. Dice así una:

«The good old dames, whenever they the chimney man espied,
Unto their nooks they haste away, their pots and pipkins hide.
There is not one old dame in ten, and search the nation through,
But, if you talk of chimney men, will spare a curse or two.»

(Cuando ven llegar las viejas al recandador del impuesto del fogaje se dan prisa á esconder los pucheros donde no los encuentre. Y no hay una por cada diez, aunque se recorra la nación entera, que, si se le habla del cobrador del impuesto del fogaje, no alivie su pecho con una ó dos maldiciones á su intención.)

Dice así otra:

«Like plundering soldiers they'd enter the door,
And make a distress on the goods of the poor,
While frightened poor children distractedly cried:
This nothing abated their insolent pride.»

(Entran como soldados al saqueo, y se apoderan del mobiliario del pobre; gritan los niños amedrentados; pero ellos no deponen por eso su insolente orgullo.)

Si á las tres grandes fuentes de riqueza que se han mencionado se agrega el producto de los bienes de la Corona, entonces más considerables que no ahora, y los diezmos y primicias que aun no se habían dejado á la Iglesia, los ducados de Cornualles y de Lancáster, y las confiscaciones y las multas, hallaremos que las rentas anuales de la Corona llegaban al total de un millón cuatrocientas mil libras próximamente, parte de las cuales eran hereditarias, y lo demás concedido al Rey Carlos de por vida; pudiendo disponer de ellas á voluntad, y acrecentar su hacienda personal con las economías que hiciera en los gastos públicos. Más adelante trataré de la administración de correos, cuyos rendimientos se dejaron al Duque de York por acuerdo de las Cámaras.

Hallábanse las rentas del Rey, ó, mejor dicho, hubieran debido estar obligadas al pago anual de ochenta mil libras próximamente, por razón de intereses de la cantidad retenida de una manera fraudulenta en las arcas del Tesoro por la *Cábala*; pero, si mientras estuvo Danby á la cabeza de la administración percibieron sus dividendos los acreedores, aunque no en verdad con la estricta puntualidad de los tiempos modernos, los que le sucedieron en el poder fueron menos hábiles, ó se curaron menos de mantener la fe pública que no él. De aquí que después del triunfo al-

En el Museo Británico hay algunas canciones sobre el mismo asunto, penetradas del mismo espíritu. Una dice así:

«Or, if through poverty it be not paid,
For cruelty to tear away the single bed,
On which the poor man rests his weary head,
At once deprives him of his rest and bread.»

(O si no puede pagar por ser pobre, tienen la crueldad de llevarse el único lecho en que descansa el desgraciado su fatigada cabeza, y le quitan el reposo juntamente con el pan.)

canzado por la Corte sobre los *whigs*, no se pagase nada, ni se hiciese la más leve concesión á los reclamantes, que hubieron de quedar en tal estado hasta el planteamiento de nuevo sistema por obra de la nueva dinastía; nuevo sistema que no consistió, como pretenden algunos, en ocurrir por medio de los empréstitos á las exigencias del Gobierno, procedimiento que no fué implantado ciertamente por Guillermo III; que contraer deudas fué de tiempo inmemorial la práctica de los Gobiernos ingleses, y la novedad introducida por la revolución, la práctica de pagarlas (1).

Merced al despojo de los acreedores del Estado, y de algunos subsidios obtenidos de Francia de vez en cuando, era posible hacer frente con los ingresos de un millón cuatrocientas mil libras á los gastos indispensables del Gobierno y á los absurdos é inútiles de la Corte; porque la carga que pesaba de una manera más insoportable sobre la Hacienda de los grandes Estados del continente apenas si era sensible para el Tesoro inglés.

V.

SISTEMA MILITAR.

Mientras la Francia, los Países Bajos y Alemania sostenían en tiempo de paz ejércitos más numerosos que los de Felipe II y Enrique IV en tiempo de gue-

(1) Las principales autoridades en que me apoyo para esta exposición del estado económico de Inglaterra se hallan en las actas de la Cámara de los Comunes del 1.º y 20 de marzo de 1688-89.

rra; y por todas partes se levantaban bastiones y rebellines contruidos con arreglo á principios desconocidos al Duque de Parma y á Spínola; y se acumulaban cantidades de armas y municiones que Richelieu mismo, con ser el hombre á quien la generación anterior reputó por artesano de prodigios, habría llamado fabulosas; y no podía transitarse por los caminos de esos países sin ver regimientos en marcha, y fortalezas, y fosos, y puentes levadizos; en Inglaterra, por el contrario, era posible vivir y viajar mucho sin darse cuenta por ningún aparato ni rumor bélico de que la defensa de las naciones hubiese llegado á ser ciencia y profesión; como que la mayor parte de los Ingleses que no tenían veinticinco años no había visto acaso nunca una compañía de soldados regulares; que apenas si una sola de aquellas ciudades que rechazaron vigorosamente al enemigo durante la guerra civil se hallaba en condiciones de sostener un asedio; que las puertas quedaban tan francas de noche como de día; que los fosos no tenían agua; que las murallas caían arruinadas ó se restauraban sólo con el objeto de proveer á los habitantes de la localidad de paseos agradables las noches del estío; que no pocos castillos feudales habían sido demantelados por los cañones de Fairfax y de Crómwell, siendo sólo montones de piedras cubiertas de yedra; que los que aun quedaban carecían de su carácter primitivo y eran únicamente palacios rústicos de la grandeza, con los fosos transformados en criaderos de carpas y de sollos, y los baluartes en jardines, cuyas calles de arbustos y flores conducían á las viviendas de verano, adornadas de pinturas y espejos (1). Aun

(1) Véase, por ejemplo, el cuadro del baluarte, en Marlborough, en el *Itinerarium curiosum* de Stukeley.